

SILUETA DE UN MAESTRO DE LA MEDICINA CUBANA: DIEGO TAMAYO Y FIGUEREDO

Por:

Dr. HORACIO ABASCAL

"Alto y robusto, trigueño de color y barba blanca, de mirada dulce e inteligente que atrae y reconcilia, de ademanes reposados y elegantes, de andar altivo y señorial, de sonrisa siempre pugnando por vencer un gesto escéptico del labio desdeñoso, sereno y fuerte en la adversidad, modesto en sus victorias, generoso y justiciero". Esta imagen fiel está hecha por el organizador de este ciclo de conferencias del Ateneo de La Habana, doctor Octavio Montoro. Es la imagen del Tamayo que vimos por primera vez, portando chaqué de tono gris que daba más relieve a su prestancia.

Observamos en cierta oportunidad que a esa descripción únicamente le agregaríamos que una sombra de amargura flotaba en su retina, una sombra que deseaba esconder en lo profundo y que parecían escritos para él los versos tan conocidos del drama de Ayala:

que el río cuanto más lleno oculta
mejor el fondo, y a medida que es
más hondo, aparece más sereno.

Había visto la luz en el Bayamo heroico y aunque ha existido discrepancia entre los biógrafos respecto a la fecha de su natalicio, por haberse perdido los libros de la iglesia donde fue bautizado, por motivo del incendio de la ciudad procer, hoy podemos asegurar, después de la reciente búsqueda que hemos efectuado en Barcelona, que la fecha exacta de su nacimiento fue el 29 de septiembre de 1852.

Era hijo del regidor don Diego y de doña Candelaria Figueredo, nieto por línea paterna de don Diego Tamayo y Estrada y de doña Francisca Aguilera y Tamayo y por la materna de don Fernando Figueredo y Pabón y de doña Concepción Telles y Tamayo; fueron sus padrinos el licenciado don Esteban Estrada y Estrada y doña Rafaela Telles y Tamayo. El bautizo lo realizó el señor cura de la Parroquial Mayor de Bayamo doctor don Diego José Baptista. Esto fue testificado en la vicaría foral de Manzanillo el 15 de mayo de 1878 y con certificación ante don Manuel Fuentes García, notario público de su majestad del distrito de 'la excelentísima Audiencia Pretorial de La Habana y fija residencia en esa invicta ciudad y más el visto bueno del señor juez de primera instancia del partido judicial, fue protocolada al concordar con el original por don Constantino Gilbert, notario del ilustre Colegio del término de Barcelona, el 15 de junio de 1878.

Sabido es que Tamayo, luego de cursar la primera enseñanza en su ciudad natal fue enviado a La Habana, al Colegio de Belén, donde ingresó el 1ro. de noviembre de 1864, en cuyo plantel permaneció hasta el 2 de agosto de 1868 en que marcha a la patria chica para visitar a su madre. El padre había fallecido en 1866. En Bayamo estaba el día del Grito de "La Demajagua" listo para ir al colegio de donde salió rumbo a Manzanillo al objeto de tomar el vapor que lo condujera a Batabanó.

En Palmas Altas se encontró con Céspedes, quien le ordenó que volviera a Bayamo, evitando el encuentro de la tropa española, y diera el aviso del levantamiento a Perucho Figueredo. Fue Diego Tamayo el primer emisario del Ejército Libertador, el primer correo de Cuba libre. Y no sé si el momento es adecuado para que esta Sociedad de Historia de la Medicina tomara en cuenta asunto tan importante y solicitara la edición de un sello conmemorativo que recordara al joven que pasó sin detenerse ante la puerta de su casa, en cuyo vano encontrábase la madre que se alarmó intensamente, creyendo a su hijo camino de Batabanó. Aquel joven no marchó al colegio. Se incorporó a las fuerzas de Modesto Díaz, tomó parte en varios encuentros con las tropas mandadas por Valmaseda, hasta que herido en una pierna y víctima del paludismo, una columna volante lo hizo prisionero el 7 de abril de 1869 en un hospital mambí situado por las inmediaciones de San Luis del Corojo.

Sus pocos años le salvaron la vida, mas el gobierno le marcó como residencia La Habana y en la cédula personal le estampó

un sello con tinta roja que decía: *Vigilado*. Reingresado en el Colegio de Belén termina su bachillerato, pero al sentir la humillación que le daban las autoridades españolas decidió trasladarse al extranjero, lo que le autorizaron siempre que fuese a España. Allá se dirigió, fijó su residencia en Barcelona y en la universidad de la ciudad condal inició los estudios médicos y aprobó el grado de Licenciado en Medicina, cuyo ejercicio final fue diagnóstico de conmoción medular, el 1ro. de julio de 1878; no recibió el título por no haber satisfecho los derechos correspondientes al mismo.

Después de permanecer algún tiempo en Madrid, donde le otorgaron por unanimidad, a pesar de su juventud, el diploma de miembro correspondiente de la Academia Médico-Quirúrgica Española en prueba de su nombre y su labor, quiso pisar tierra cubana y como se había firmado el Pacto del Zanjón, embarcó hacia La Habana y obtuvo del Gobernador General autorización, de acuerdo con las leyes vigentes, para ejercer su profesión.

Mentalidad superior, espíritu cultivado y de vastísima ilustración, de inmediato se dio a conocer y por el año de 1880 establece una academia libre para la enseñanza de la Medicina.

Aunque don Nicolás José Gutiérrez, a la sazón rector de la universidad, apoyó la iniciativa del joven médico y puso su influencia al lado de la nueva academia, la envidia, que siempre florece en los mezquinos, logró sus frutos y Tamayo, cansado de tantos inconvenientes, la cerró al cabo de dos años. Empero, ansioso de conocimientos empieza a estudiar con tenacidad Dibujo, Matemática, Física, Química, Historia Natural y obtuvo en la Universidad de La Habana el título de Licenciado en Ciencias Físico-Químicas.

En esos días lo eligieron vicesecretario de la Asociación de Socorros Mutuos de la Provincia de La Habana y también desempeñó la Secretaría de la Junta Superior de Sanidad de la Isla de Cuba. A poco lo nombran socio de número de la Sociedad Antropológica de Cuba y la Junta Municipal lo designa miembro de la comisión para investigar las causas de insalubridad de La Habana.

Tamayo principia su labor como sanitario, como sanitario en el sentido pragmático del vocablo. Años más tarde, siendo Secretario de Gobernación, cuando de esta cartera dependía el Departamento de Sanidad, crea las escuelas de "nurses", dándole una gran preponderancia a todos los trabajos relacionados con la higiene pública; nombra a Finlay Jefe Superior de Sanidad de Cuba

y contando con la ayuda de hombres como Guiteras, Barnet, Le Roy, Lebreo, López del Valle, Diego Tamayo logra que el propio Finlay funde la Junta Nacional de Sanidad y Beneficencia el 2 de enero de 1903.

Como se destacaron sus conocimientos humanistas y su visión en diversos campos del saber, en 1885, a continuación de ser elegido visecretario de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana, lo nombran vocal de la Junta Superior de Instrucción Pública, en vacante causada por la renuncia del doctor Antonio Mes- tre, otro de nuestros grandes de la Medicina. Es la temporada en que empieza a colaborar en la *Crónica Médico-Quirúrgica de La Habana*, fundada por Juan Santos Fernández, en la cual despliega una actividad asombrosa con distintas proyecciones de sus actividades intelectuales.

A la sombra de esa valiosa revista nace el primer laboratorio cubano de investigación: el Laboratorio Histo-Patológico de la Crónica. Lo estableció Santos Fernández en su residencia particular, la Quinta de Toca, situada en el Paseo de Carlos III. En él, Tamayo realiza una labor infatigable y desinteresada. Tanto es así que en la redacción, donde se estaba al corriente de los descubrimientos de Pasteur, se comentaba los amplios horizontes que abrían para la ciencia médica y lo concerniente, sobre todo al saberse de las inoculaciones hechas de la vacuna contra la rabia, de que fuera alguien a París a aprender la técnica y el modo de administrar el tratamiento preventivo. Tamayo se brindó y, acompañado del doctor Vildósola, se fue otra vez al viejo continente para estudiar y traer a Cuba los adelantos de la ciencia médica francesa. El mismo Pasteur, a quien fue presentado por Albarrán que ya gozaba de nombre en París, le enseñó todo lo relacionado con la vacunación antirrábica y además tomó un curso de Bacteriología con Chantemesse. Aprovechando los minutos, por estar dedicado de lleno al estudio de la nueva ciencia, enviaba periódicamente correspondencia para que fuese publicada en la *Crónica*... En esa correspondencia, llena de juicios y observaciones, se ve al científico discreto, al médico observador, al ya maestro transformado otra vez en alumno, al hombre responsable, como se dice ahora, dejando sin límites al adjetivo. A pesar de su entereza y reciedumbre, escribe: "Prefiero ser tímido, antes que osado".

Cuando ha logrado conocimiento suficiente y material bastante, decide regresar a La Habana para que nuestra ciudad sea una de las primeras del mundo en aplicar el método, que tantas

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 163

vidas han salvado y salva todavía. Pero Tamayo, no obstante aquella frialdad aparente, aquella altivez que, como apuntamos en un elogio de su persona, pasaba a veces las fronteras de la soberbia, poseía un corazón de una grandeza inconmesurable. Los recuerdos para él constituían parte de su vida. Su profesor de Higiene en Barcelona había sido su mentor, su guía espiritual, su maestro en el sentido más alto. Guardaba veneración, que conservó hasta el instante de su muerte, por aquel genio de la Medicina española que se llamó Rafael Rodríguez Méndez. Y sacándole porciones al tiempo y la distancia se dirigió a la capital del principado, no sólo para darle un abrazo a su maestro, sino para dejar en Barcelona con una generosidad sin límites su experiencia y parte del material, al objeto de que fuera la capital de Cataluña, que lo abrigara en sus tiempos de emigrado lleno de añoranza y de tristeza, la única población de la Península que pudo contar de inmediato con un instituto antirrábico, donde Ferrán aumentó el prestigio que ya merecía por sus fecundos trabajos.

La cepa dejada en Barcelona, como la que vino a Cuba, correspondía a un conejo de la serie 142 del laboratorio de Pasteur, que había enfermado a los siete días de la inoculación intracraneana y muerto pasadas las cuarenta y ocho horas; de ese conejo extrajeron la médula y la masa encefálica con todo rigor para evitar impurificaciones y con un pedazo de bulbo machacado y luego diluido en caldo esterilizado se practicaron las inoculaciones, previa la trepanación, en cuatro conejos. La *Gaceta Médica Catalana*, la reputada publicación que durante tantos lustros dirigió Rodríguez Méndez, no fue remisa en felicitar a la delegación cubana que de una manera tan gentil procedía con la ciudad donde antes había realizado sus estudios.

De nuevo en La Habana trabaja con mayor intensidad y se adentra en investigaciones sobre fiebre amarilla, dando a conocer en francés su documentada monografía: "Les microbes de la fevre jaune", queriendo demostrar que no era un tetrágono el causante como se afirmaba, sino un micrococo que podía agruparse de diversas maneras, entre ellas la sacciforme. Igual que todos los de su tiempo no ve el medio de transmisión del vómito negro y, desde luego, de frente, como siempre hacía, combate a Finlay, que era el único que estaba en poder de la verdad. Sin embargo, cuando la evidencia se confirma, será un apasionado defensor del genial descubridor ante los ataques que le hacían los mal intencionados.

En 1890 la Sociedad de Estudios Clínicos acuerda celebrar un Congreso Médico Regional, que se inauguró el 15 de enero. Abre la sesión Diego Tamayo, que ocupa en esa fecha la presidencia de la Sociedad y presenta además, en representación del Laboratorio de la Crónica, un trabajo titulado "Investigación sobre la fiebre amarilla", en el cual exponía el resultado de los exámenes del contenido gástrico hechos en los que morían de vómito, aislando tres micrococos y numerosos bacilos, aunque sin achacarle a ninguno papel patógeno específico.

Desde el año anterior, en la sesión del 13 de enero, lo habían elegido miembro de número de la *Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*. Ya hemos dicho que el *sello primordial de las academias es la discusión para obedecer al carácter social que tiene el pensamiento, examinando la complejidad de los problemas, viéndolos en todas sus relaciones. Y en la discusión se enfrascó Tamayo desde sus primeros pasos en la academia, que fue para él templo y taller, fragua y santuario*. Su discurso de ingreso versó sobre inmunidad morbosa; el de contestación estuvo a cargo del doctor Vicente Benito Valdés. En el propio curso rindió un informe, calificado de notable, relacionado con el muermo, que era uno de los problemas epidemiológicos más importantes en esa época. Y en la sesión solemne del 19 de mayo de 1893 hizo una brillante disertación sobre las causas de mortalidad en La Habana y demostró con cifras y datos el abandono sanitario en que nos tenía la administración colonial. Comentándolo en *El Fígaro* dijo Varela Zequeira que Tamayo sería en cualquier país de perfecta civilización una unidad social, útil, vigorosa y sana; entre nosotros algo más; un carácter, pudiendo ser un elemento director de grandes influencias. Los años le dieron la razón al ilustre publicista, porque Tamayo, muy olvidado a estas alturas, como otros muchos de aquella etapa floreciente, fue uno de los baluartes de nuestra cultura, uno de los pilares de nuestra ilustración, uno de los paladines de nuestra civilidad, de la civilidad en el concepto romano que es dable imprimirle a la palabra. Y si no fueran suficientes los afanes que dedicó a la Academia y a otros círculos científicos, bastaría revisar las actas de la Sociedad Económica de Amigos del País, en la cual fue admitido como socio de número el 21 de febrero de 1891 y llegó a desempeñar el cargo de vicepresidente, y en cuya institución laboró con intenso fervor.

La epopeya del 95 la pasó en la emigración. No le dejaron venir a los campos de la guerra por entender que su talento era

más necesario para la causa trabajando en la delegación de New York. A su regreso a Cuba no aceptó el grado que le otorgaron de coronel del Ejército Libertador. "Yo no he peleado y no puedo admitir tal recompensa", fue el argumento en que fundó la negativa, pero cooperó junto a Leonard Wood como Secretario de Estado y Gobernación y fue Delegado por Oriente a la Convención Constituyente.

Preocupado por aquellos que habían sufrido las vicisitudes de la guerra, de aquellos que habían sentido en sus carnes las crueldades de la reconcentración, en fin, preocupado por los enfermos pobres, crea el dispensario que lleva su nombre y lo transforma gracias a su constancia en una verdadera cátedra de clínica, en una cátedra con edificio de propiedad. Al reorganizarse los estudios universitarios en 1902 lo nombraron profesor de Patología Médica. Con él estuvimos en el hospital "Mercedes" en la sala Santa Cruz". En 1909 funda la revista *Vida Nueva*, orgullo de nuestra prensa médica, revista que siempre veíamos con cariño, ya que en ella, por orden de Tamayo, nos iniciamos a más de siete lustros al hacer una traducción del portugués.

En 1910 fue un año de gran satisfacción para Tamayo. En octubre se celebró en Barcelona el Primer Congreso Internacional de Tuberculosis. Y allí concurrió ostentando la representación oficial de Cuba. Volvía a la ciudad condal; volvía a abrazar a su antiguo profesor; "tornaba un altre volta a enraonar en catalá". Rodríguez Méndez estaba delicado y Tamayo en su condición de Vicepresidente del Congreso tuvo que ocupar los sitios principales en todos los actos que se organizaron. Su actuación resultó brillantísima. De su elocuente palabra hizo derroche, y hubo una pieza oratoria que aún recuerdan los viejos médicos barceloneses. Todavía conmueve leer las cartas que mandaba a su esposa. En una de ellas, en tono familiar, le cuenta emocionado el instante en que el delegado regio le informó de que el Capitán General de Cataluña, que se encontraba en el salón donde tenía lugar la comida de gala, deseaba saludarle. Pero el Capitán General era don Valeriano Weyler y Nicolau. Tamayo impertérrito, tranquilo, le habló largamente de Cuba, de la guerra de Independencia, del porvenir de nuestro pueblo, y a la hora de colocar las personas a la mesa, a tenor del protocolo, indicó al señor marqués de Tenerife que se sentase debajo de la bandera de la estrella solitaria, la cual estaba cruzada con la roja y gualda, lugar que ocupó Tamayo en su condición de presidente reglamentario.

Fue fundador de la Cruz Roja Cubana. En 1917 lo nombraron Presidente de la Comisión de Enfermedades Infecciosas. Reveló sus condiciones de clínico cuando la terrible epidemia de 1918 y elegido entonces Decano de la Facultad de Medicina pasó por derecho propio a formar parte de la Junta Nacional de Sanidad. En 1923 se retiró de la Facultad; ya en 1919 había pedido su pase a Honorario en la Academia de Ciencias.

En 1926 se derrumbó aquel edificio de granito pasando los umbrales de lo eterno en la mañana del 2 de octubre. "La fosa que espera debe estar lista para recibir el cadáver que aguarda", fueron sus palabras a un amigo al encargarle que hiciera desocupar una de las bóvedas de su panteón. Pasó los umbrales de lo eterno con el templo de un bayamés de la década gloriosa.

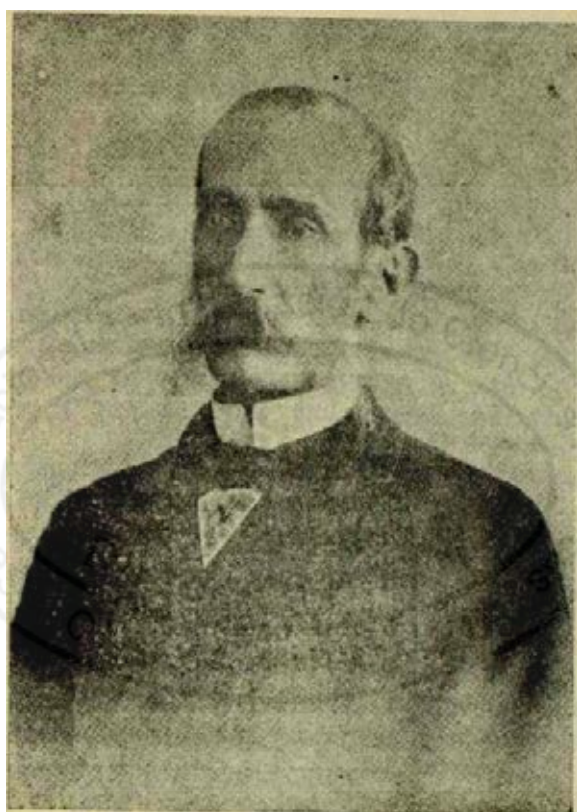
La tónica sobresaliente de Tamayo era el carácter; su cualidad preponderante, el patriotismo: patriotismo puro, neto, de fondo, que practicaba sin alardes ni retórica, pero con un criterio casi religioso, con una fe casi dogmática. La prueba más evidente es que sabía renunciar cuando los acontecimientos pugnaban con sus principios, y así lo hizo como miembro de la Asamblea del Cerro, como Secretario de Despacho, como Senador de la república, como Decano de la Facultad de Medicina.

Hemos titulado estas notas sobre Diego Tamayo, usando el lenguaje pictórico: Silueta de un Maestro de la Medicina Cubana, porque no es un retrato, ya que no hemos podido hacer la descripción completa de su personalidad, ni siquiera un bosquejo, puesto que a los trazos le falta colorido; simplemente es un dibujo siguiendo los contornos de su sombra, líneas tiradas de un voleo para darnos una idea de lo grande que fue aquella figura, pero es la silueta de un maestro, pues maestro, del latín "magister", jefe, director; de "magis" más, el mayor, en la acepción profunda, no es sólo el que enseña o tiene diploma para hacerlo, ni el que ha obtenido grado supremo en cualquiera de las facultades de "magistus", porque eso al fin y al cabo no es otra cosa que doctor. Maestro, de cuya palabra se ha abusado, debe dejarse para la persona que manda, que gobierna, para la persona de un saber superior, para el que ha fundado una escuela, para el que ha dejado obras capitales; por eso maestro del espíritu es el director espiritual; por eso los alemanes, aunque ambos términos vienen de "lehrer" (maestro, profesor), distinguen entre "der lehrkraft" y "der lehrmeister", porque uno es amo, director, y el otro implica aliento, energía, tono, fortaleza. Por eso ha dicho

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 167

Ferrand que "Le meilleur maître est celui qui donne le désir d'apprendre et qui nous en offre". Por eso se llamaba a Aristóteles Maestro cuando su autoridad era considerada soberana; por eso Maestro es el título con que, por antonomasia, se designa a Jesucristo, y Dios es el Maestro del universo, "le maître sapience" como reza en el verso de Musset.





Dr. Vicente Benito Valdés
21 marzo 1837 — 21 mayo 1903